

NOTICIA BIOGRÁFICA

DE

JULIO ARBOLEDA

I

EDUCACIÓN Y PRIMERA JUVENTUD DE ARBOLEDA

La guerra de emancipación de las antiguas colonias españolas en el Nuevo Mundo fué, generalmente hablando, resultado de larga emulación entre la aristocracia criolla y los gobernantes peninsulares, entre nobles de la *tierra* y de *Castilla*; movimiento de insurrección dirigido á veces, y á veces apoyado en primer término, por ricas familias de sangre española, arraigadas de años atrás en América.

Tal carácter tuvo aquel levantamiento en las principales poblaciones del Nuevo Reino : en Santa Fe de Bogotá, en Cartagena, en Popayán. Entre otras familias distinguidas de esta última ciudad, señalábase por antecedentes honoríficos, por tradiciones de virtud é hidalguía, la de ARBOLEDA (1). Y como unas con otras se relacionasen allí las más conno-

(1) Ya en 1676 el maestro Jacinto de Evia « natural de la ciudad de Guayaquil en el Perú, » dedicando su *Ramillete de varias flores poéticas* (Madrid, Nicolás de Xamares), al licenciado don Pedro de Arboleda Salazar, provisor, vicario general y gobernador del obispado de Popayán, decía en el estilo gongórico de la época : « Bien sabe el mundo que después de haber los Arboledas ilustrado en Francia famosos varones, pasaron á España por retocar con el carmín de sus venas muchos gloriosos blasones, » etc.

003075

PA 8179

.A 8

A 17



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

tadas, repitiéndose los casamientos entre parientes, pudo JULIO ARBOLEDA, cuando en 1850 perseguido por su *godismo* recontaba los méritos contraídos por su familia para con la causa de la independencia, hacer no pequeña lista de mártires de la Patria que de cerca le tocaban :

« Soy sobrino — decía — de Manuel de Pombo, cuya sangre derramada en la plaza de Bogotá fecundó el árbol de la libertad. Francisco de Ulloa, aquel joven gallardo que murió por la libertad y por su palabra, y cuya digna familia, antes opulenta, ha dejado la República en espantosa mendicidad, era mi primo. Francisco José de Caldas, el varón sabio y justo, á quien mató la tiranía, era mi tío. Antonio Arboleda y los demás hijos de Popayán que padecieron y murieron por la libertad, cuyos nombres son los últimos de gloria con que cuenta esta pobre ciudad perseguida y arruinada, todos eran parientes míos... »

« Yo nací — dice el mismo JULIO — en un desierto, en medio de las selvas incultas que orlan el mar Pacífico. »

En efecto, don Rafael Arboleda con su esposa doña Matilde Pombo y O'Donell, después del triunfo que alcanzó Sámano en el sur de la Nueva Granada, se había refugiado en la mina de Timbiquí, territorio que fué primero de la provincia de Buena-Ventura y después de la de Barbaocoas; y de aquel matrimonio, que tuvo dos hijos, JULIO y SERGIO, nació el primogénito en ese rincón del país el 9 de julio de 1817.

Tenía dos años cuando su familia se restituyó á Popayán. Nunca pisó escuela pública. Con la leche mamó los sentimientos cristianos que en su agitada y azarosa existencia siempre se honró de profesar, y en la casa de sus padres recibió las nociones elementales de una educación literaria. Su abuela doña Beatriz O'Donell le enseñó á hablar francés, y su abuelo don Manuel Antonio Pombo (autor de una buena *Gramática latina*), le dió lecciones de ésta y de la castellana, y de principios de geometría.

Don Rafael Arboleda adolecía de una enfermedad grave, contraída noblemente en el desempeño de una comisión importante que le confió su amigo el libertador Bolívar (1). Debía hacer una precipitada y larga jornada, hallábase con fiebres que le impedían marchar, y hubo de cortarlas con un remedio enérgico; de aquí, no sin que él previese y aceptase las consecuencias, le sobrevino la fatal dolencia. Con esperanza de aliviar sus males, hizo don Rafael un viaje á Europa en 1830, llevó consigo á JULIO y confió su educación en Londres á un institutor irlandés católico. No debía tornar á ver el excelente señor Arboleda su suelo natal; agravóse y murió en Pisa en noviembre de 1831.

Continuó el joven payanés su carrera escolar en Inglaterra; hízose dueño de la lengua inglesa hasta el punto de escribir en ella con propiedad y atildamiento, y lucirse en algunos ensayos poéticos; sus estudios de humanidades clásicas fueron tan completos cual suelen hacerse en aquella nación, y en la Universidad de Londres obtuvo el título de Bachiller en Artes.

Sólo una vez, en 1832, estuvo de paseo en París. Pero concluidos sus estudios viajó por Francia é Italia. Enamoróle el país de las artes, aprendió su lengua dulcísima, y cautivóle la lectura de sus poetas, de la cual viven reminiscencias en sus composiciones propias. En una de las correrías que hizo entonces por tierra y por mar, le llevó un temporal inopinadamente á las costas de África, y á vista de Túnez, y acordándose de la antigua Cartago, ensayó la lira castellana.

En 1838 volvió á su patria, y tocando en Cartagena y atravesando la provincia del Chocó, se restituyó á su casa de Popayán. Como ciudadano de una República quiso completar sus estudios clásicos con los conocimientos más

(1) Puede verse su correspondencia con Bolívar en las *Memo-
rias de O'Leary*, tomo IX.

necesarios para ejercitar derechos políticos y desempeñar públicas funciones, y en la Universidad del Cauca (1838-1839) estudió derecho civil y ciencias políticas, al mismo tiempo que dictaba un curso de Literatura.

II

CAMPAÑA DE 1840.

Ocho años hacía que la República disfrutaba de paz y sosiego. Asesinado Sucre y muerto Bolívar en 1830; disuelta Colombia y dividida en tres Repúblicas independientes; proscritos y alejados de la escena Urdaneta, García del Río y otros ilustres amigos del Libertador; desconcertados los partidarios del mismo caudillo que quedaron en el país, humillados y oscurecidos los civiles, rayados del escalafón, y á las veces perseguidos, como fieras, los militares, el partido boliviano, ó conservador colombiano, quedó postrado, eliminado, y el liberal colombiano fué dueño del poder y gobernó sin contrapeso en Nueva Granada. El general Santander, caudillo de ese partido, conservó el orden durante su Presidencia (1833-1837) como severo ejecutor de las leyes, y honrado y diligente administrador; pero intrigante y cizañero, por otro lado, y en mala hora empeñado en afianzar el poder adquirido en manos de militares ignorantes, notables sólo por su intolerancia, y de medrosa figura por la sombra de una acusación terrible de que no se habían vindicado, no supo asegurar para el porvenir el orden de que era guardián celoso, y sembró semillas de discordia que habían de dar sus frutos apenas hubiese él descendido de la silla presidencial. La elección del ciudadano que debía suceder á Santander en la Presidencia, señaló la hora del combate, y anunció la formación de los

partidos granadinos que asomaban ya dentro del partido liberal colombiano. El general Obando era candidato de Santander, y el doctor Márquez de la oposición: de un lado el militarismo liberal, con todos sus odios y rencores, con el misterioso velo que había echado sobre el asesinato de Sucre, con los honores que osó conceder á los conspiradores de Septiembre; del otro el civilismo ilustrado, inspiraciones de virtud y tolerancia, repudiación del crimen, reconciliación con todos los hombres de sanas intenciones. La violencia banderiza, por una parte, la moderación patriótica por otra, caracterizaban á las partidos nacientes; al que ya desde entonces empezó á usurpar el título de *liberal*, que á todos cobijaba, y al que sólo años después (1849) tomó definitivamente el nombre de *conservador*, dejando los de *oposicionista* y *ministerial* que había llevado según las circunstancias, el primero en la campaña electoral contra Santander, y el segundo en los años de dominación que se siguieron á los triunfos por él alcanzados después en las urnas electorales y en los campos de batalla.

Cuando JULIO ARBOLEDA volvió al país, el partido que sostenía al doctor Márquez en competencia con el general Obando había ganado las elecciones con el apoyo de la opinión imparcial (el *silent vote* que llaman los anglo-americanos). Los restos dispersos del bolivianismo (al que habían pertenecido hombres importantes de la familia ARBOLEDA), se adhirieron á la política del nuevo Presidente. El general Santander dirigía la oposición en las Cámaras y en el terreno legal. Él, que siempre se mostró en principio enemigo de las revoluciones; él, que en 1833 sorprendió y castigó con exceso de crueldad un mero y descabellado conato de conspiración, declarando que para acabar con las revoluciones debía exterminarse á los revolucionarios, desaprobarla altamente la apelación á las armas. Mas no estuvo en su mano detener el carro que él mismo había impulsado; y algún tiempo después (1840), teniendo que defender á

sus amigos lanzados en la guerra, trató de paliar el delito de rebelión, y fué entonces cuando un orador insigne, echándole en rostro la contradicción con sus antecedentes, le hirió de muerte, literalmente, con el fulminante recuerdo de las sangrientas ejecuciones de 1833 y 1834.

Obando mismo, aunque revolvió con mal disimulado encono el desaire que había padecido, parece que no ideaba plan serio alguno de rebelión, y aguardaba que el tiempo en sus vueltas le trajese por un modo ú otro la ocasión de tomar venganzas, como las que ya ejerció en su breve dictadura de 1831. Obando gozaba de popularidad en algunas provincias del sur, tierra volcánica y engendradora de tempestades políticas; y era allí donde había de hacer pie su ambición de imperio. Nuestro JULIO, joven de veintiuno á veintidós años, de acuerdo con su amigo el señor Jaime Hurtado, fundó por entonces una sociedad intitulada *Filológica* (1) que contó en su seno hasta setenta miembros: allí la flor de la juventud payanés: Sergio Arboleda, Vicente Cárdenas, Cenón Pombo, Francisco Zarama, José Joaquín Mera, Enrique Arroyo, Manuel María Luna, Miguel y Manuel de Jesús Quijano. Bajo el objeto aparente que indicaba su nombre, proponíase la sociedad fomentar la opinión en favor de las ideas de orden y en sostén de la legitimidad, y prevenir y cautelar las poblaciones del sur contra el militarismo y dañinas tendencias de Obando y sus amigos. Harto hubo de sentir este general la influencia de la Sociedad Filológica, primero en las elecciones y después en el conflicto de las armas.

La primera perturbación del orden que ocurrió en la apartada ciudad de Pasto fué un alzamiento popular y religioso ajeno del todo á la lucha instaurada entre los nuevos partidos políticos de la Nueva Gradada. Una ley acordada

(1) Más de una sociedad hubo de este nombre en Bogotá desde 1824: la última fué de conspiradores en 1828.

sin discusión en el Congreso, con votos de uno y otro partido, y con arreglo á otra anterior de la Constituyente de Cúcuta, suprimió ciertos conventos menores. Habíalos en Pasto, y el vecindario de esa ciudad, fiel á sus creencias religiosas no menos que á sus tradiciones bélicas, levantóse en masa encabezado por el padre Villota, del Oratorio, protestó que se opondría á la ejecución de la ley, y obligó á la guarnición á firmar un convenio que ponía á la muchedumbre en condición de beligerante contra el gobierno de la República.

La ciudad de Pasto había sido realista y sostenido la guerra contra los republicanos con tenacidad heroica. Obando había militado en Pasto como guerrillero realista, y todavía después de la batalla de Boyacá guerreaba en aquellas breñas con el grado de teniente coronel. No pocos realistas, amigos y compañeros de Obando, al pasar á las filas de los independientes, habían creído conservarse en cierto modo leales á su antigua filiación haciendo guerra al Libertador, alistándose en el partido liberal y revolucionario. Iban guiados, los que así procedían, por las inspiraciones del odio y los rencores personales, no por la lógica de los principios. No faltó algún antiguo realista en la conspiración de Septiembre, y creíase no sin fundamento que antiguos realistas del Cauca habían sido los instrumentos elegidos por los liberales demagogos de Bogotá para realizar el nefando proyecto que cortó prematuramente en la montaña de Bermeos la vida del mariscal Sucre.

Obando, que tenía amigos en el campo de los facciosos, no se prometió por el pronto sino un provecho indirecto de la rebelión, haciendo entender que él era el único hombre capaz de reducir á los insurrectos, y pretendiendo que se le nombrase con tal objeto comandante del sur. Ya se imaginaba con el renombre de Pacificador, mejorar los títulos que no renunciaba y pretendía hacer valer ante la opinión, á la presidencia de la República, en la próxima elección, ya

que en la anterior la mayoría de sus conciudadanos no le había favorecido.

Pero la providencia (algunos han dicho la casualidad) encaminó las cosas de otra manera; y fué el caso que en esa coyuntura, por una circunstancia de aquellas que se hurtan á toda previsión, vinieron á descubrirse en el hueco de una empinada roca nunca visitada de alma viviente, unas cartas de Obando y de Antonio Mariano Álvarez, á la sazón proclamado jefe militar del alzamiento pastuso, que aparejaban al uno y al otro gravísima responsabilidad en el asesinato del mariscal Sucre. El general Herrán, comandante constitucional en el sur, temiendo por interés de la paz pública las consecuencias que se seguirían de renovar ese negocio criminal, quiso ver de echarle tierra, pero no pudo, porque documentos y declaraciones obraban ya en juzgados competentes que no estaban sujetos á sus facultades militares. Obando amenazado por el fallo de la justicia se lanzó en la revolución; el partido de oposición, en el cual figuraban en primera línea hombres que habían puesto sus manos en la víctima, decretando su muerte desde Bogotá, tomó por suya la causa del reo, recogió el guante, y la revolución se hizo general. Y así fué como después de nueve años de impunidad misteriosa la sangre del justo que clamaba al cielo, atrajo sobre la patria el azote de la guerra, en una de las más largas y desastrosas que han assolado á la Nueva Granada.

JULIO ARBOLEDA, que había nacido rico y que si se hubiese dejado aconsejar del propio interés, pudo permanecer extraño á la guerra que amenazaba, entróse por ella, con instinto de ave de tempestad, y con su persona quiso servir á la causa de la moral y la legitimidad. Por entonces obsequiaba á una dama, modelo de gentileza y de virtud, á la que después tomó por esposa (1842), y á quien se ufanaba en llamar

mi angelical Sofia
Orgullo de mi casa y de mi nombre;

y en una poesía que, por reminiscencias de metro y de ritmo y de algunos epítetos, recuerda la *Despedida* de Arriaza, pero que por el pensamiento es original y expresión directa de los sentimientos que animaban al poeta, se despedía JULIO de su prometida, mezclando con los suspiros de amor razones de honor y severa caballerosidad como las siguientes :

En vano, en vano palpita
mi corazón al dejarte ;
es preciso para amarte
virtud y gloria tener.
Si cobarde me creyeras
me despreciaras villano.
Más que recibir tu mano
¡yo la quiero merecer!

Tomó ARBOLEDA servicio entonces como teniente de una compañía de Guardia Nacional de Popayán, de la cual era capitán el señor José Antonio Caicedo. Como éste por su pacífico estilo de vida y su avanzada edad (1) no saliese á campaña, encargóse JULIO del mundo de la campaña, y empezó á distinguirse desde las primeras operaciones militares.

En Pasto fué ayudante del general Herrán, y constante amigo y compañero del valiente Mutis.

Probóse también entonces en negociaciones diplomáticas. El gobierno del Ecuador había auxiliado con tropas al de la Nueva Granada, con el fin de dominar la revolución de Pasto, que naturalmente inquietaba á las vecinas poblaciones ecuatorianas; y prometíase que nuestro Gobierno le retribuyese sus servicios concediendo al Ecuador parte de las provincias limítrofes de Pasto y Túquerres. Enviado con tal motivo el joven ARBOLEDA á Quito en comisión del

(1) Hacía el papel de Herodes en la fiesta de Reyes : tan fielmente se guardaban las costumbres tradicionales en ese tiempo.

general Herrán cerca del general Flórez, desempeñó con acierto sumo importantes encargos. Embarazadas por entonces las pretensiones de Flórez, no halló ocasión próxima de formalizarlas, y al cabo no tuvieron efecto alguno.

La revolución, como un incendio, se había propagado por toda la República; quebrantada en el sur, aparecía briosa y amenazadora en otras provincias. ARBOLEDA hizo también la campaña del norte bajo las órdenes de Herrán y Mosquera; y después regresó con el último á la que de nuevo hubo de abrirse sobre el sur. Precedíale la fama y prestigio de sus bellas prendas y de su intrepidez generosa; y en las veces que de tránsito entró en Bogotá con el ejército, el susurro de *¡Allí va Julio!...* (1); *¡Él es!* despertaba la curiosidad de todos, atrayendo sobre él las miradas de las entusiastas damas bogotanas.

Concurrió á la batalla de Riofrío. En Cartago se afanó inútilmente por evitar el arbitrario fusilamiento del coronel Córdoba y sus compañeros; pero el general Mosquera se había encerrado, y á nadie dió oídos. Después de la batalla de la Chanca volvió ARBOLEDA á Popayán como Sargento Mayor del batallón número 7; y en seguida partió aceleradamente á desempeñar una comisión en Panamá.

Casi siempre sirvió Arboleda sin admitir sueldos ni recompensas; ni reclamó tampoco indemnizaciones por los robos y destrozos que en sus posesiones rurales hicieron las huestes de Obando — pérdida que él estimaba en la tercera parte de su fortuna.

Quando cesó la guerra era Teniente Coronel con grado de Coronel. Pidió licencia *absoluta*, y no se le concedió sino *definida*.

« Yo no he ido — dijo — á vender mi vida por una

(1) Con el nombre de *Julio* (*Don Julio* en el Cauca) se le conocía en la República, sin aditamento de apellido.

paga vil, sino á rescatar con mi sangre y mis propiedades la libertad atacada por la anarquía. »

III

ARBOLEDA ORADOR PARLAMENTARIO Y PERIODISTA
(1844-1848).

Á tres años de guerra dura siguiéronse ocho años de paz (1842-1850), el período más largo de no interrumpida tranquilidad que registran nuestros sangrientos anales en este siglo.

ARBOLEDA, casado ya, pudo dedicarse á sus negocios particulares, entregándose á tareas de campo, amenizadas con estudios literarios.

No sabemos si antes de la guerra ya había concebido ARBOLEDA la idea y el plan de su *Gonzalo de Oyón*, leyenda fundada en el argumento histórico sacado de la historia de Popayán y de los primitivos tiempos de la colonia; ello es que por los años de 1843, en el apartamiento y silencio de su hacienda, puso manos á la obra, y escribió algunos cantos de aquel poema, que miraba por entonces con entrañable cariño, como á hijo mimado de su entendimiento.

No tardaron sus paisanos en distraerle de aquel género de vida modesto y descansado enviándole al Congreso. Durante la administración de Herrán y en los primeros años de la de Mosquera fué ARBOLEDA constantemente miembro de la Cámara de Representantes, nombrado por la provincia de Buena-Ventura primero, y después por la de Barbaocoas.

La candidatura del doctor Márquez había triunfado, según antes dijimos, como candidatura liberal en competencia con otra también liberal, si bien la primera representaba mode-

ración, y la segunda, preponderancia militar y fanatismo político. La dominación absoluta de un partido traía como lógica consecuencia su propia división. La administración de Márquez se había iniciado conciliadora y tímida con los mismos que combatieron su elección. Dijérase que el nuevo presidente quería que triunfase su política sin que se dividiese su partido, y que deseaba reconstituir éste bajo inspiraciones más patrióticas, atrayéndose á los principales disidentes: y así no renovó sino en parte el ministerio de la administración precedente, y puso su confianza en varios amigos de Santander, nombrando á algunos de ellos para gobernadores de provincia. Éstos le hicieron traición, cuando la guerra escandeció las pasiones, al paso que Herrán y Mosquera, generales activos y entendidos en el arte militar, antiguos amigos y servidores de Bolívar, sostenían con decisión y lealtad al gobierno legítimo, que más de una vez se vió á punto de zozobrar. La designación que recayó en Mosquera para secretario de Guerra y después para general en jefe, echó el sello á la división, y acabó de caracterizar al partido ministerial. Mosquera y Obando eran émulos de tiempo atrás; Mosquera había sido vencido por Obando en *La Ladera* cuando el primero defendía al Libertador y el segundo le hacía guerra implacable; Mosquera era vanidoso en sumo grado y no olvidaba ni perdonaba; la causa criminal del asesinato de Sucre se había removido ciertamente por una casualidad, pero al paso que Herrán hubiese deseado cortarla por el bien de la paz, Mosquera se gozaba en atizarla, mostrando ardiente celo por la justicia, que en sentir de muchos significaba el placer con que así la ocasión de saciar venganzas personales. Cuando cesó la guerra, habiendo escapado Obando y refugiándose en el Perú, Mosquera obtuvo la comisión de ir á reclamar la extradición del reo, y el uno en Lima, en Valparaíso el otro trabaron agria y descompuesta polémica, haciendo ambos voluminosas publicaciones, groseras en todo sentido y mazorrales, que son á un

mismo tiempo escándalo de nuestra historia y de nuestra literatura. ¿Quién les hubiera anunciado que algunos años después se abrazarían y militarían juntos en una empresa más criminal y funesta que la revolución de 1840?

La persecución de Obando menos como faccioso que como reo del asesinato de Sucre, y la ingerencia enérgica de Mosquera en la política oficial, renovaban querellas de una época anterior que muchos quisieran relegar al olvido, y dos antiguos bolivianos que sobrevivían al ya extinguido bolivianismo, ligados ahora entre sí mediante un matrimonio, que si cabe la expresión llamaríamos de estado, se constituían en centro del nuevo partido victorioso, agrupándose en torno elementos de toda especie. Herrán sucede á Márquez, y es secretario de Herrán y alma de su administración el doctor Ospina, uno de los jóvenes que asaltaron la casa de Bolívar aquella noche en que Herrán recorría armado las calles de Bogotá victoreando al Libertador.

Efectuábase una renovación de partidos, refundiéndose elementos políticos diversos; pero modificada la idea boliviana al tenor de las circunstancias, la opinión que apoyó á Bolívar, era la que preponderaba ahora.

El partido triunfante, conservador, sin el nombre, se dividió, como se había dividido el liberal, pero más presto. Mosquera encabezaba de hecho, pero no de derecho, la fracción genuinamente conservadora. La oposición miraba mal á Mosquera; pedía la reforma ó abrogación de leyes severas cuya oportunidad había pasado; y rechazaba algunos proyectos de la administración Herrán. No se caracterizaba como partido; pero la aplaudían, como era natural, y poníanse á su sombra los liberales, al tratar de levantarse, mal heridos, del aturdimiento y postración en que yacían.

ARBOLEDA, espíritu inquieto y batallador, y nada propenso á la adhesión incondicionada, se afilió en la oposición parlamentaria. De aquí el que se haya dicho que en aquella época fué liberal. Fué opositorista, y llevó harto lejos sus condes-

condescendencias con los liberales; pero si reflexionamos que con estas condescendencias se oponía á Mosquera, el cual exaltado poco después á la presidencia desacreditó y labró moralmente la ruina del partido conservador, y más adelante acaudilló el liberal para destruir el benéfico principio de la legitimidad en la Nueva Granada, el juicio vacila, y no acierta á decidir cuál de las dos fracciones del partido conservador entonces abrigaba en su seno gérmenes más perniciosos y mayor inclinación al suicidio político. La una tenía un jefe funesto; incurrió la otra en deplorables debilidades y contemporizaciones en orden á ideas y doctrina.

La aparición de ARBOLEDA como orador parlamentario fué deslumbradora. El señor don J. M. Samper, estudiante liberal entonces, recuerda la impresión que en él y en sus compañeros hizo la figura de Arboleda en la tribuna. Las palabras del citado escritor merecen transcribirse aquí, como un eco de aquella época:

« ARBOLEDA nos sorprendió y sedujo á todos. Jamás orador alguno entre nosotros había sido tan incisivo y correcto, tan académicamente literario ni tan variado en su elocuencia como aquel poeta militar, joven opulento y afortunado que saliendo del seno de una familia eminente y aristocrática y de las filas del partido conservador, se presentaba en el Congreso como el abanderado de la oposición liberal, y desde su primer discurso eclipsaba á Ezequiel Rojas, á Murillo, y demás hombres notables que contaba en las Cámaras el liberalismo. Al declararse ARBOLEDA abiertamente hostil á los jesuitas y á la Administración tratando las cuestiones de un modo muy elevado, florido y erudito, entusiasmó á los liberales y se hizo admirar y temer por los contrarios. . . . Su decir era tan hábil en la conversación como vigoroso y grandilocuente en la tribuna. Cuando discurría en público su palabra era tan presto elegante y florida como suave y erudita; unas veces irónica y llena de sarcasmo, y otras agresiva, cortante y punzante como dardo acerado; en ocasiones

auxiliada por todas las galas de la poesía y de la oratoria clásica se elevaba hasta la elocuencia patética con arrebatadora entonación. En todas circunstancias era fácil y abundante, correcto y flexible, y hacia con singular oportunidad y soltura las más difíciles transiciones de lo serio á lo sarcástico, de lo sublime á lo epigramático, manejando la apóstrofe y la ironía con especial habilidad.» (1)

Brillaba entonces en la Cámara de Representantes otro joven á quien la analogía de las circunstancias políticas y de las aficiones literarias, al par que el contraste de los caracteres, convidan á poner en paralelo con ARBOLEDA. Nuestra pluma, á quien no toca escribir tal estudio comparativo, anticipará sólo, á la que haya de bosquejarlo con la debida imparcialidad, aquellos rasgos que ocurren como de culto al llegar á este punto de nuestra desaliñada narración.

JOSÉ EUSEBIO CARO y JULIO ARBOLEDA eran exactamente contemporáneos (2): uno y otro nacieron estando ausentes sus padres del domicilio propio, á consecuencia de las turbulencias políticas de la época, y ambos, en tierna edad, fueron restituidos á la casa paterna, y recibieron las primeras lecciones de sus abuelos respectivos (3); ambos eran alumnos de las Musas y daban religioso culto á la Poesía.

Ambo florentes aetatibus, Arcades ambo.

(1) SAMPER, *Galería de hombres ilustres ó notables*, tomo I.

(2) Caro nació el 5 de marzo de 1817. En ese mismo año, fausto para las letras, nacieron otros muchos poetas españoles y americanos.

(3) Don Francisco Javier Caro, gaditano, conoció en Cartagena á don M. A. Pombo, y fueron muy amigos, como lo acredita la correspondencia que de ellos se conserva. Siguiéron después opiniones contrarias, manteniéndose adicto el primero á la causa realista, y abrazando el segundo la de la independencia. Mientras don Francisco enseñaba en Bogotá á su nieto José Eusebio, Julio en Popayán recibía lecciones de su abuelo don Manuel.

El uno coronó su educación en Bogotá, el otro había viajado por el Viejo Mundo; reconcentrado, melancólico aquél, « en su capa envuelto á la española »; éste más hecho al bullicio y elegancia cortesana; ambos de gran corazón, capaces de entusiasmo y sacrificio, la revolución de 1839 á 1842 tornó á igualar sus destinos. En tanto que ARBOLEDA publicaba en Popayán *El Independiente* y *El Payanés*, Caro escribía en Bogotá el inolvidable *Granadino*; y el espíritu que animaba á los dos periodistas era uno mismo; ambos tomaron armas en defensa del Gobierno; ambos lidiaron heroicamente; ambos fueron edecanes del general Herrán, el uno en el sur, el otro en el norte. Conociéronse, y fueron amigos; y después de marchar « fusil al hombro, ó sable y daga al cinto », á donde el deber y la disciplina los llamaron en la guerra, volvieron á hallarse, serenado el cielo de la patria, en el recinto de los Diputados del pueblo.

No siempre, pero muchas veces, trabajaron allí de acuerdo, como de acuerdo habían estado en la hora de peligro. Junto dieron en tierra con la ley de medidas de seguridad, que revestía de facultades extraordinarias á los gobernadores de provincia, y de la cual abusó, ya asentada la paz, uno de dichos gobernadores, á quien ambos acusaron con enérgica entereza; y más adelante, representate ARBOLEDA y ministro de Hacienda Caro, concertaron el proyecto de ley que extinguió gradualmente el monopolio del tabaco. En 1851 ambos hicieron abierta oposición al general López en escritos políticos y en poesías de inmensa resonancia, inspiradas por la indignación y el patriotismo. Caro murió en Santa Marta cuando soñaba que la vista de su esposa y de sus hijos le indemnizaría largamente de los dolores de la más injusta proscripción; la muerte aplazó el golpe que había de poner fin, más trágico aún, á los días de ARBOLEDA.

En el tiempo á que nos referimos antes, Caro y ARBOLEDA se sentaban en opuestos bancos. Era ARBOLEDA opositorista; mientras Caro, que veneraba al general Herrán, á la

sazón presidente de la República, y que con el doctor Ospina, secretario de Gobierno, estaba ya ligado por vínculos de amistad y estimación, después nunca desmentida; Caro, decimos, era sincero y esforzado paladín de la Administración. En las discusiones parlamentarias, como en todo género de lucha, y acaso más que en otras, la pasión ofusca, la cólera ciega, los amigos, los hermanos no se reconocen en el calor del combate. No tardó en concretarse y encenderse la polémica, y de ahí el incidente personal que vamos á consignar. Quería el Ejecutivo que se multiplicase el número de las provincias, subdividiéndose las veinte que componían la República; y con arreglo á este pensamiento discutíase en el Congreso la ruidosa ley de división territorial. Caro, dialéctico severo, amigo de la línea recta silogística, quería reducir á términos estrechos la abundosa y florida elocuencia de su contendor ARBOLEDA, y reconviniéndole en tono festivo, le dijo con Iriarte: (1)

Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas,
Quiero, amiga,
Que me diga,
¿Son de alguna utilidad?

Y ARBOLEDA, continuando la reminiscencia, replicó, en tono irónico, con estas palabras de la misma fábula:

Yo me afano,
Mas no en vano;
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.

Caro, empleado de la Administración en el ramo de Ha-

(1) *La ardilla y el caballo.*